

cuatro gusanos. Las redes de la araña pesan sobre poco mas ó menos un grano, y cuando se les ha quitado el polvo y la porquería, vienen á perder como unas dos terceras partes de este peso; por tanto, la obra de doce arañas iguala solamente á la de un gusano de seda, y una libra de seda requiere á lo menos veinte y siete mil seiscientos cuarenta y ocho arañas. Mas como las redes son únicamente obra de las hembras, que las hilan para depositar en ellas sus hue-

vos, es necesario guardar cincuenta y cinco mil doscientas noventa y seis arañas para que hagan una libra de seda, lo que se habrá de aplicar solamente á las buenas arañas, puesto que las de los huertos dan apenas la duodécima parte de la seda que producen las domésticas. Doscientas ochenta de ellas no producirían mas que un gusano de seda, y seiscientos sesenta y tres mil quinientas cincuenta y cinco arañas apenas producirían una libra de seda!...

## ESTUDIOS RECREATIVOS.

### BLANCA LORZY.

#### I.

El sol se ocultaba en el horizonte, y la brisa de la tarde se alzaba desde el golfo de Tarento haciendo percibir su perfumada frescura. Sentada en un cenador de laureles Blanca Lorzy estaba tomando el fresco.

Un jóven se hallaba de pie á su lado. En su color pálido, sus cabellos rubios, hubiérase podido conocer fácilmente su origen, sin sus vestidos adornados de preciosas pieles que le hacían reconocer por un habitante del Norte.

Sus miradas contemplaban amorosamente á la jóven. Blanca alzó al fin la cabeza, saliendo de la dulce meditación en que parecía hallarse.

—¿Cuán bella eres! dijo con ternura el jóven.

Sonrióse la jóven coloreando el carmin del rubor su hermoso rostro.

—¡Oh! ahora creo en el paraíso terrenal, continuó el extranjero: debía haber estado en una tierra semejante á esta, con un sol como el que ahora se oculta en el mar, y sin duda que debía parecerse á tí Eva, al salir de la mano de Dios.

—¿Amas mucho á nuestra Italia? le preguntó Blanca.

—¿Cómo no amarla? ¿Has olvidado de dónde vengo? Aquí el cielo parece un pabellón de seda azul, en mi país es una bóveda de acero. Estos campos son jardines encantados, los nuestros bosques impenetrables, ó desiertos. Nuestro sol refleja su brillo sobre el hielo, nuestras mas bellas flores se cogen entre la nieve, las olas de vuestros mares mismos se estrellan suave y armoniosamente en vuestras risueñas playas, en nuestro país hasta los ríos corren con espantoso ruido. Aquí encuentro á Dios, grande y bueno, lo reconozco en la luz, en el perfume del aire, en la armonía: comprendo que me ama, porque soy feliz; pero el Dios que reina allá abajo es terrible, y solo experimentamos su cólera. Aquí la creación es una verdadera é inagotable alegría: es nuestro enemigo en nuestro país, y nos es preciso vencerla creando con nuestra industria un mundo para vivir al abrigo del que Dios nos ha dado allí.

—¿Por qué no cambiar de patria entonces? preguntó tímidamente Blanca.

No respondió el jóven, y después de una larga pausa adelantóse brusca y repentinamente hacia la jóven, y sentándose á su lado.

—Es preciso que te hable, dijo.

Alzó los ojos Blanca, volviolos después á bajar turbada. El extranjero continuó:

—Cuando yo desembarqué en Crozia, hará tres meses, y fui llevado á casa del señor Paolo, no me conocías; sin embargo, al saber que habia cerca de tí, un extranjero cuyas penas interiores á nadie interesaban, y que se moría abandonado de todos, viniste á su socorro, y tus cuidados me han salvado.

—¿No eras de un país donde mi padre ha vivido largo tiempo, y que éste me habia enseñado á mirar como el mío?

—Así es que no te recuerdo esto, sino para darte gracias. ¡Los ángeles hacen el bien, como los hombres el mal, por naturaleza! Al dejar la Rusia; ¿tenia yo un objeto? Cuando merced á tí, debía continuar mi camino, pero no lo he hecho. Me he quedado aquí, y cada día he conocido que todo ha cambiado en mí.

—Sí, dijo Blanca sonriendo; aun hace un mes que me asustaban tus arrebatos...

—Así debía ser. En nuestro país el hombre se asemeja, se modela por la naturaleza que le rodea y su fuerza se expresa por la violencia. El ruso no puede optar sino entre la esclavitud ó el poder: y para ser poderoso le es preciso romper lo que se le resiste, oprimir lo que á él cede y sepultar y arrastrar todo consigo como un torrente al desprenderse de un monte. Yo he hecho esta vida mientras que no he conocido otra, y he sido malo para ser feliz.

—¿Qué dices? exclamó Blanca. Te calumnias.

Sacudió la cabeza con sombría tristeza.

—Se juzga mal á las fieras cuando se las ve domesticadas. Antes de conocerte yo ignoraba que uno pudiese ser bueno, pero no sé que revolución has causado en mí: tu presencia tiene como un encanto que adormece mis feroces instintos.

—Ese poder que me supones está en tí, son tus buenos deseos los que tomas por inspiraciones mías.

—No, no: si yo me he hecho mejor es porque al verte, experimento una felicidad que no me permite desear el mal. Tú no puedes ignorarlo: mi nueva existencia procede de tí, tú eres mi conciencia. ¿Por qué te ruborizas y apartas de mí tus ojos? añadió acercándose mas: ¡tú has comprendido, al fin, y sabes que si he cambiado en todo es porque te amo!

Blanca hizo un movimiento como para levantarse: cogióla él entonces vivamente las dos manos.

—¡Ah! quédate, dijo con la mas arrebatada pasión; es preciso que me respondas. Hasta aquí he callado, he querido probarme á mí mismo, he sondeado mucho tiempo y profundamente mi corazón: no he encontrado en el sino



amor. ¡Tenía sueños de fortuna y de ambición, los he olvidado! Dime que me amas, y dejo en Rusia toda mi vida pasada, para comenzar una nueva: pero por Dios respóndeme, mirame: ¿qué quieres? ¿Es preciso que marche ó que me quede aquí?

Vaciló Blanca un instante, pero al fin levantó los ojos, los fijó un momento en el joven, y volviéndolos á bajar despues confusa, recostó su cabeza sobre la espalda del joven.

Arrojó éste un grito de alegría, y rodeándola con sus brazos la tuvo así estrechada largo tiempo sobre su pecho.

## II.

La confesion de Blanca, causó en el joven ruso, mas felicidad que sorpresa. El amor de la joven habia precedido el suyo, y se habia revelado bastante claramente para que no lo sospechase. Si no se habia explicado antes, es porque el mismo habia largo tiempo resistido á su pasión.

La pasión suscitada por la belleza de Blanca, habia seguido sucesivamente todos los grados de su pensamiento antes de convertirse desde un deseo hasta el amor. Llegada á ese punto habia tenido que combatir la resistencia de la razón. Entregarse al amor de Blanca era no solo renunciar á todos sus proyectos, repudiar su vida pasada entera, y ensayar una nueva. Era preciso abandonar sus esperanzas á punto de realizarse, olvidar la familia, la patria, romper con un mundo conocido, para aceptar otro.

Alexis se habia ofuscado en un principio con las dificultades de semejante transformacion, empero bajo la influencia de la bella joven se habia verificado completamente casi sin saberlo, sin conocerlo el mismo. Mil sentimientos dormidos hasta entonces en su corazon se habian despertado en él, mientras que los antiguos sentimientos desaparecian lentamente. Comenzó á temer lo que habia deseado, á amar lo que habia aborrecido.

Resolvió renunciar á todo, por buscar con Blanca la felicidad en un oscuro rincon de la Italia. Sabia que tratarian de seguir sus pasos, y arrancarle de su Eden, pero esperaba hacer poco ruido para no ser así descubierto.

En cuanto á Blanca Lorzy desde el principio se habia entregado sin combatir á su pasión, hallando en ella un manantial de gratas y dulces emociones. Todo en ella se convertia en felicidad. Su alma parecíase á la roca, que asentada en medio de un arroyo fangoso despide despues las aguas convertidas en cristalina fuente. Los dolores misinos que alguna vez atormentaban su alma, convertianse despues en inefables alegrías. Satisfecha en consolar la tristeza de Alexis, apaciguar su impetuosidad fogosa, animar sus esfuerzos, habia asistido á su regeneracion interior con la tranquilidad de un ángel que nada puede temer porque ama, y cree en la bondad de Dios.

Esta radiante seguridad habia contribuido, tal vez mas que todo lo demas, á la victoria que habia conseguido el joven sobre su vida pasada. Blanca habia sido para él como un astro bienhechor cuyo calor y luz siempre iguales habian penetrado su corazon.

Los preparativos para el matrimonio exigian algunos dias: los dos amantes los pasaron juntos, entregados á las mashalagüeñas esperanzas. Desconocidos casi en Crozia nadie venia á interrumpirles en sus amorosos coloquios. La

SEGUNDA SERIE.—1855.

indiferencia de todos los aislaba en su amor como en una isla encantada.

Así pasaban deliciosamente su vida, cuando una noche se separó de Blanca mas pronto que lo que tenia de costumbre. Debía celebrarse su matrimonio el dia siguiente al amanecer, y los dos sentian la necesidad de estar solos. Alexis tomó el camino de la posada en que habitaba.

El aire era caliente, la noche estaba bochornosa, y el golfo hacia oír á lo lejos el melancólico murmullo de sus olas. Es raro que al tocar casi á una felicidad largo tiempo deseada, no sienta el alma cierto confuso temor. Una especie de terror doloroso se habia apoderado de Alexis, deseaba la soledad, el silencio, sin saber por qué. En lugar de entrar segun su costumbre al cuarto de su patron Paolo se dirigió hácia el pabellon aislado que ocupaba.

Sorprendido al ver brillar en él una luz, empujó la puerta entreabierta: un extranjero estaba sentado con la espalda vuelta hácia ésta.

Al ruido que hizo el joven al entrar, levantóse el extranjero bruscamente. Alexis dió dos pasos hácia atrás exhalando un grito de sorpresa: acababa de reconocer á Ivan Borgo.

—¿Tú aquí? dijo asombrado.

—Te aguardaba, respondió el ruso, quitándose respetuosamente su sombrero.

—¿De dónde vienes?

—De San Petersburgo.

—¿Me traes cartas?

—Tómalas.

Entregó al joven unos despachos cuyo sobre rompió éste apresuradamente.

—Está bien, dijo, despues de haberlos recorrido con la vista. ¿No tienes otra cosa que entregarme?

—Nada.

—¿Y cómo has llegado á Crozia?

—Por mar.

—¿El navío que te ha traído, ha vuelto á darse á la vela?

—Está en el puerto.

—Voy á contestar á Gregorio, y te volverás á marchar inmediatamente.

Ivan hizo un gesto negativo.

—No, dijo, yo me quedo, tengo orden de no separarme ya de ti.

—¿Y quién te ha dado esa orden? preguntó Alexis asombrado.

—Tu hermano.

—¿Con qué objeto?

—Teme que olvides tu mision.

—Mi hermano se toma mucha pena porque salga bien de ella, dijo el joven algo resentido: no necesito guardia ni acompañante.

—¿Estás bien seguro de eso?

Alexis volvió la espalda: Ivan se sonrió.

—He sabido todo desde mi llegada, continuó diciendo éste, te casas con la señora Lorzy.

—¿Y qué? preguntó el joven con tono altivo.

—Ese matrimonio es imposible.

—¿Por qué no lo apruebas?

—Porque compromete tu porvenir, y destruye los proyectos de Gregorio.

—¿Y si yo, sin embargo, quiero contraer este matrimonio?

—No se verificará.

AÑO XIII. 8



—¿Lo impedirás tú?

—Lo impediré.

Alexis hizo un gesto de cólera, que inmediatamente reprimió.

—Escucha, Borgo, dijo con acento breve y resuelto: si la casualidad no te hubiese hecho encontrarme, ni tú ni Gregorio hubieseis vuelto á oír hablar mas de mí: pero ya que has venido, lo sabrás todo: amo á Blanca Lorzy, quiero que sea mía, y por ella renunció á la corte. Vuelve á donde está Catalina, continúa con mi hermano una vida de astucias y de asesinatos, á mí me causa horror mi vida pasada y me he despojado de ella como de un vestido ensangrentado, y quiero permanecer separado de ella para siempre.

—¿Y qué será entonces de tu promesa?

—¿Cuál?

—Has olvidado que una hija de la emperatriz Isabel se oculta en Italia, que has jurado descubrirla, y entregarla á Catalina.

Alexis se ruborizó.

—Verdad es, dijo, habia aceptado esta misión, pero Dios me ha librado de la desgracia de cumplirla. Catalina podrá confiarla á otro menos aguerrido contra los remordimientos. En cuanto á mí, me declaro libre de todos mis compromisos; ya no soy ni ruso, ni cortesano, soy un hombre que quiere su reposo, y que busca solo su felicidad.

—Tú no tienes derecho de buscarla aquí, replicó Ivan con voz firme. El hermano no puede abandonar á su hermano en medio de la batalla, para sentarse á descansar á la sombra. Cuando Gregorio te tiene á su lado, os servís el uno al otro de escudo; mientras que el uno vela puede dormir el otro, y vuestros enemigos encuentran siempre una de vuestras dos espadas fuera de la vaina, pero solo, ¿qué quieres tú que le suceda? Tú te debes á él como él á tí, porque los dos sois la mitad de un mismo nombre; y ese nombre que tenéis que defenderlo mutuamente, es el poder de vuestra casa que os es preciso conservar. ¿Por qué hablar de reposo, cuando eres joven y fuerte? ¿No hay en tí ya ni odio ni ambición? ¡Ah! ¡es el sol de Italia el que así ha ablandado tu corazón! Esta tierra se parece al tocador voluptuoso de una muger, no se respiran en ella sino perfumes que embriagan, y tibias brisas que debilitan. Tú saldrás de este entorpecimiento para buscar á la hija de Isabel: si lo consigues, tu hermano te ha preparado en Rusia una alianza que hará de vuestra familia la mas poderosa de Europa. Renuncia, pues, á Blanca Lorzy; tú debes y es necesario hacerlo.

Apenas podia contenerse Alexis, reprimiase con trabajo en tanto que Ivan hablaba así. Cuando hubo concluido le cogió del brazo con violencia y con una voz que hacia temblar la cólera,

—No tengo mas que esto que responderte, le dijo: esta noche misma, un poco despues de las doce, en la iglesia de San Pablo, me caso con Blanca Lorzy. Las puertas estarán abiertas, tú mismo con tus propios ojos podrás verme conducirla al altar.

—Iré sin falta, respondió el ruso.

—Hasta luego, Borgo.

—Hasta luego, Alexis.

Los dos se saludaron con la mano, é Ivan salió precipitadamente de la estancia.

### III.

Habiéndose quedado solo, púsose el joven á reflexionar con inquietud sobre la llegada de Ivan Borgo, y las consecuencias que podia tener.

Ivan no era un hombre ordinario, ni por su posición, ni por su naturaleza. Antiguo compañero de armas de Gregorio se habia unido al interés de su fortuna con un ardor difícil de comprender. No podia darse el nombre de amistad á esta adhesión servil, sin gracia como sin dignidad, y se encontraban, sin embargo en ella los dos caracteres de las mas santas afecciones, la constancia y la actividad.

Esta adhesión no era ademas la sumisión de una naturaleza inferior á un genio vigoroso, porque la inteligencia de Ivan era pronta, sutil y persistente, era mas bien una mezcla extraña de instinto, de orgullo y de costumbre. Indiferente á su elevación propia, Borgo habia colocado su ambición en la de los dos hermanos: esta era la grande obra en que trabajaba sin cesar. Crímenes ó traiciones, en nada se paraba para conseguir su objeto. Experimentaba en el engrandecimiento de Gregorio y de Alexis el mismo goce que experimenta el avaro que ve aumentarse su tesoro: era una emoción secreta, un triunfo sin testigos, el sentimiento de un poder que él solo conocia. Unicamente sensible á su fantasía como todos los fanáticos, hubiera él mismo dado de puñaladas á sus protegidos, antes que dejarlos descender de su poder, antes que verlos abatidos. Lo que él para ellos queria, no era su felicidad, sino su elevación: no amaba su persona, sino su idea.

Conocia Alexis esta naturaleza salvaje, y con razón se asustaba de lo que seria capaz de emprender la adhesión tiránica de Ivan. No ignoraba ademas ninguno de los ambiciosos proyectos de Gregorio. Hasta entonces habia esperado abandonando á Crozia despues de su matrimonio burlar todas las pesquisas en su busca, pero ahora despues de haber sido descubierto ¿cómo ocultarse? por pronta que fuese su fuga, Ivan encontraria su pista y le perseguiria.

Además, lo que habia dicho aquel hombre terrible era una verdad. Alexis pertenecia en cuerpo y alma á Catalina. Complicado en lúgubres secretos no podia separarse de sus cómplices, cuya comunidad de intereses podia solo responder de su fé.

Alexis sabia todo esto, y sin embargo, no perdía aun la esperanza. Las almas sinceras difícilmente se desaniman. Tenia ademas un alma activa, ansiosa de felicidad y que no se detenía mucho en las emociones dolorosas.

Desechó su inquietud llamando en su auxilio el recuerdo de Blanca, y se preparó para la ceremonia de su casamiento.

Cuando llegó la hora convenida, halló dispuesta á la joven Blanca. Acababan de dar las doce de la noche y se dirigieron juntos hacia la iglesia de San Pablo.

La puerta estaba abierta, el sacerdote aguardaba ya en el altar. A su vista Blanca se detuvo un instante, se estremeció, y fijos sus hermosos ojos en Alexis con una indefinible expresión de angustia y de amor.

—¿Qué tienes Blanca? le preguntó éste, ¿titubeas?

—Oh! no, murmuró ésta, soy muy feliz, y tengo miedo.

Al pronunciar estas palabras una sombra se deslizó rápidamente al lado de los dos tiernos amantes.



## IV.

Alexis y Blanca se hallaban arrodillados delante del altar y acababan de comenzar la sagrada ceremonia.

La especie de tímido presentimiento que había experimentado la joven al entrar en el templo se había comunicado á Alexis. Ignoraba absolutamente qué obstáculos podría suscitar Ivan á la realizacion de su matrimonio, pero aguardaba alguno.

Las luces del altar despedían una débil y pálida claridad, el resto de la iglesia se hallaba completamente á oscuras. Las miradas del joven se fijaban en la oscuridad buscando algo; repentinamente se estremeció, acababa de ver agitarse, moverse una sombra en medio de las tinieblas, bien pronto la sombra se destacó de en medio de ellas y se adelantó con lentos pasos hacia los dos contrayentes.

Era precisamente en el momento en que el sacerdote preguntaba segun la fórmula cristiana si sabia alguno que hubiese impedimento para la union que iba á verificarse.

—Lo hay, dijo la voz tranquila y fuerte de Ivan.

Blanca lanzó un grito, y el sacerdote sorprendido se detuvo.

—¿Quién es este estrangero? preguntó, que se acerque! Ivan obedeció, y señalando al novio,

—Este joven, dijo, es súbdito de la emperatriz Catalina y para contraer una alianza legítima necesita la autorización y permiso de su soberana.

—Mientes, interrumpió Alexis, no tengo necesidad de ella renunciando á mi pais, y renuncio á él.

—Un sacerdote católico no puede bendecir tu union con la señora, porque tú perteneces á otra creencia, á otra comunión.

—¡Abjuro de ella!

Ivan hizo un gesto de sorpresa.

—¿Y es esto todo? preguntó el sacerdote. ¿Hay algo mas?

Aturdido el ruso guardó silencio.

Alexis cogió entonces la mano de Blanca, y echando sobre Ivan una mirada llena de desdeñosa ironía,

—Tú no sabías de lo que yo era capaz, Borgo, le dijo con una amarga sonrisa; tú no pensabas que se pudiese abandonar todo por la muger que se ama; tú no has comprendido que el mundo ya no es nada para mí, y que yo lo sacrificaría todo entero por una sonrisa suya... Renuncia, créeme, á separarme de ella, mas fácil te sería arrancarme la mitad de mi corazón.

Y volviéndose despues al sacerdote,

—Acabad lo que habeis comenzado, padre mio, añadió, porque soy libre y cristiano católico como vos.

—¡Aguardad! gritó Ivan adelantándose hacia el altar. Ahora me dirijo á la señora. ¿Sabe con quién va á casarse?

—¿No es con Alexis Furtzel? preguntó asombrada Blanca.

—No, señora.

Lanzó entonces Blanca una aterradora mirada sobre el joven: turbóse un momento éste, pero recobró al punto su serenidad.

—Tiene razon este hombre, dijo. Desconocido á todos, aun de tí misma, Blanca, había esperado guardar así mas fácilmente mi secreto; pero pues que me fuerzan á ello, lo daré á conocer. Yo no me llamo Furtzel: soy Alexis Orloff.

Al oir este nombre hubo un gran movimiento. Blanca retrocedió con grandísima sorpresa.

—¡Alexis Orloff! repitió y me lo habías ocultado!

—¿Me amarás menos por eso? preguntó el joven tendiéndole su mano.

Cogiósela Blanca con la mayor ternura.

—¡Ah! me has querido dejar ignorar el sacrificio que por mí hacías, le dijo. ¿Eres bueno, muy bueno, Alexis mio!

—Si, replicó Ivan sonriendo con aire sombrío, seducido por la belleza de la joven, Alexis Orloff olvida hoy su nombre, pero Alexis es joven, y temprano ó tarde volverá á sus instintos. Los Orloff son águilas, señora, pueden adormecerse un instante en un nido de flores, mas no tardan en remontarse hasta las nubes. Su amor no es de larga duracion: ademas cuando todos los sacrificios los hace uno solo, no tarda en llegar la hora en que el recuerdo de estos sacrificios llega con el pesar, con los remordimientos.

Estremeciósela la joven.

—No le creas, no le creas, Blanca, exclamó Alexis.

—No es á mí á quien hay que creer, sino á la experiencia, añadió Ivan meneando la cabeza. Pensad, señora, que vuestro amor va á causar á Alexis mas daño que podría causarle el odio de un enemigo. Gloria, poder, nobleza, todo lo habrá perdido por vos sola.

—¡Basta! gritó Orloff arrastrando á la joven hacia el sacerdote.

—¡Cuidado, señora! dijo con agitada voz el implacable ruso, no forceis á los amigos de Orloff á que cometan una violencia.

Blanca se retiró á un lado aterrada.

—Si, exclamó arrebatado Borgo, perezca Alexis antes que le deshonre un matrimonio desigual. ¿Qué derecho teneis para detener el destino de una noble familia, y osar escribir vuestro nombre al lado del de los Orloff? ¿Quién sois?...

—¡Miserable! gritó Alexis queriendo arrojarle sobre Ivan.

Blanca le contuvo: iluminóse de repente su rostro con un brillo radiante de estraña y magestuosa dignidad, alzó los ojos sobre el ruso, y con reposada voz le dijo:

—¿Me preguntais quién soy yo? Quería tambien callar: lo había prometido á mi padre al morir; pero prefiero el peligro á la humillacion. No temais que los Orloff se deshonren con este matrimonio desigual. Blanca Lorzy puede entrar en su familia sin que tengan que avergonzarse. Soy la hija de Isabel Petrowna, que antes fué vuestra soberana.

A esta inesperada revelacion sucedieron dos gritos de sorpresa, triunfante el uno, lleno de terror el otro. Ivan y Alexis cambiaron entre si una mirada que hizo palidecer al último. La joven no se apercibió de ello.

—Nada tengo que decir, respondió Borgo haciendo una respetuosa reverencia.

Blanca se volvió hacia Alexis con alegre sonrisa, cogiéndole de la mano y se aproximó con él al altar.

—Perdon, padre mio, dijo, no hay nada que hacer mas que cambiar los nombres.

El descubrimiento que Alexis acababa de hacer le había confundido, le había anonadado. Al saber que Blanca Lorzy era la hija de Isabel, que él debía entregar á su mas implacable enemigo, una especie de vértigo supersticioso se apoderó de él. Parecióle que este encuentro era no una casualidad, sino una terrible enseñanza, un juicio de Dios. No ignoraba la importancia que daba Catalina á apoderarse



de la heredera de Petrowna. Era la última bandera á cuyo alrededor podían reunirse los descontentos del imperio: así es que había prometido conceder todo cuanto quisiese al que lograra entregarla en sus manos, y Gregorio había encargado á su hermano esta comision, porque en su ejecucion veia la consolidacion de su crédito, el logro de su inmensa fortuna. Ahora la casualidad le hacia encontrar á Alexis esta hija de Isabel en la muger que adoraba, y para colmo de su infortunio, Ivan conocia este fatal secreto, del que sin duda iba á aprovecharse. ¿Qué importaba á ésta la pérdida de Blanca, si su pérdida podia servir á la elevacion de los Orloff? ¿No habia venido á Italia precisamente para activar las pesquisas que en busca suya estaba encargado de hacer Alexis? Todos los esfuerzos de éste para ocultarle la jóven serian vanos; todas sus súplicas para enternecer su corazon inútiles. Ivan no conocia ni el desaliento ni la compasion: nó tenia mas que una voluntad y un solo objeto.

## V.

La ceremonia se habia terminado. Alexis habia acompañado á su estancia á su jóven esposa: se hallaba solo cuando se le presentó Ivan.

—Te aguardaba, dijo bruscamente el jóven.

Aseguróse que Blanca no podia oírlos, cerró la puerta, y apoyándose en ella,

—Ahora, Borgo, dijo, vas á explicarme lo que cuentas hacer del secreto que acabas de descubrir hace poco.

—Yo te iba á hacer á tí esa misma pregunta, respondió Ivan.

—¿A mí?

—¿No tienes ya en tus manos la que buscabas?

—¿Y qué?

—¿A qué te decides?

—¿Me lo preguntas, desgraciado! ¿No te he dicho que la amaba?

—¿Entonces la vas á sustraer á las pesquisas de Catalina?

—A costa de mi vida.

—Mas bien será á costa de la suya.

—¿Qué quieres decir?

—¿Crees tú que la emperatriz renuncia fácilmente á sus proyectos?

—No; pero Blanca está bajo mi proteccion, y ningun poder en el mundo podrá arrancarla de mi lado.

—¿Qué niño eres! ¡Olvidas la muerte!

—¿Se atreverian? exclamó Alexis con un gesto de espanto.

—¿No te acuerdas ya de la suerte de Pedro III? En vano estrecharias á la señora en tus brazos, en vano la abrigan tus besos, siempre habria lugar entre vuestros labios para el veneno, entre vuestros pechos para el puñal.

—¿Y quién revelará su existencia? preguntó el jóven fijando sus ojos en el ruso: ¿estás tu decidido á hacerme traicion, Borgo?

—No se hace traicion cumpliendo su promesa, respondió Ivan.

—¿Y si yo lo evitase adelantándome? dijo Alexis echando mano á un puñal, ¿si yo te matase aqui mismo?

—Seria ya demasiado tarde!

—¿Por qué?

—Porque he advertido á las gentes que me han acompañado desde Rusia, porque cercan esta casa y no dejarán salir ni á tí ni á esa jóven.

—¿Con que venias á apoderarte de nosotros por la violencia?

—Venia á proponerte el único medio de que nos entendamos.

—No lo hay.

—Tal vez sí.

—¿No quieres tú entregar á Blanca á la emperatriz, cuando yo quiero salvarla?

—¿Y si tú no pudieses salvarla sino entregándola?

—¿Cómo?

Borgo se acercó al jóven.

—Escucha, Alexis, le dijo, en vano querrias ahora ocultar el nacimiento de la señora: te lo he dicho, aun cuando me quitases la vida, diez compañeros míos están á algunos pasos de aquí, y saben que la hija de Isabel está aquí. ¡Seria preciso matarlos tambien! Seria preciso matar aun al sacerdote que os ha casado, á los testigos que se hallaban presentes. Ya lo ves, este secreto no te pertenece, y hagas lo que hagas llegará á ser conocido de Catalina. Si tratas de escaparte te perseguirán, y tu fuga parecerá una traicion, y morireis Blanca y tú. Cumple al contrario tu promesa, presenta la señora Lorzy á Catalina, y tranquilizada esta lo olvidará todo. Si hubiese deseado matarla, lo hubiera así mandado y se hubiera hecho. Era mas fácil matar á la señora que apoderarse de ella. Es mas pronto el asesinato que un rapto; pero la emperatriz solo quiere ponerse en guardia contra los conspiradores. Ya lo ves, si huyes con Blanca, la pierdes; si la llevas á San Petersburgo la salvas. Ahora medítalo y elige.

Alexis habia escuchado atentamente. Desde el primer momento habia conocido él mismo la imposibilidad de escaparse. Las razones de Ivan confirmaban sus propias reflexiones; pero el medio de salvacion que se le ofrecia le aterraba, y aunque no veia ningun otro lo rechazó.

—No, dijo despues de un momento de silencio, yo mismo no entregaré jamás á Blanca á sus enemigos.

—¿Qué tienes que temer? sus enemigos no cometen muertes inútilmente.

—¿Y quién sabe si no mirarán esta como necesaria? ¿quién me asegura de sus intenciones?

—Este despacho que tenia encargo de entregarte en el caso de que la hija de Isabel estuviese ya en tu poder.

—¿Qué contiene?

—La orden de conducirla á la frontera de Canzoff, de que tú eres gobernador.

—¿Será posible?

—He ahí el despacho.

Tomó Alexis el papel que Ivan le presentaba.

—Ves, continuó el ruso, que no se atenta á su vida. La casualidad te ofrece en Canzoff la soledad que deseabas para tu amor. Allí vivirás al lado de Blanca en un seguro retiro; ningun peligro podrá amenazar á tu prisionera sin que tú primero lo sepas, y si por algun inesperado capricho llegase á correr algun peligro, tú podrias salvarla facilmente, pues que á tí se confia su custodia.

—Tienes razon, dijo Alexis despues de un momento de reflexion, si, tienes razon... es preciso salir al encuentro del peligro, es el único medio de evitarlo... Pero para que



Blanca no tenga nada que temer es preciso antes que todo que Gregorio ignore los vínculos que nos unen. ¿Me prometes no revelarle nada?

—Te lo prometo.

—¿Me has dicho que está listo y pronto tu navío?

—Pronto á darse á la vela.

El jóven alargó su mano á Ivan.

—Mañana, le dijo, marcharé contigo para San Petersburgo.

## VI.

Acababa de salir el sol como un fuego casi apagado por entre las húmedas nubes de diciembre; una lluvia helada caía sin ruido, y el campo inundado se confundía en el horizonte con las nieblas de la mañana.

Veíanse de trecho en trecho aldeas y caseríos casi sumergidos por la inundación. En el fondo del valle algunos barquichuelos servían para las comunicaciones, pero cerca del río no se veían ni barquichuelos, ni casas, ni árboles, todo lo había cubierto la inundación. Solo la fortaleza de Canzoff alzaba en medio de aquellos campos cubiertos de agua sus ennegrecidos torreones.

Abrióse una ventana y apareció en ella Blanca.

Ya no era aquella jóven de Crozia, de ojos brillantes, tez sonrosada y cutis aterciopelado, dírtase mas bien que era una estatua de mármol destinada á conservar sus facciones recostada sobre un mausoleo. Parecía hallarse sin vida. Lánguidamente colocóse apoyada de codos en la ventana, y dejó vagar sus ojos sobre la escena de desolación que se desarrollaba al pie del castillo.

¡Ay! ¡desde que había dejado la Italia, su vista no hallaba otros espectáculos! Al principio no había tenido ningún cuidado. Conducida á Canzoff por Alexis, allí había vivido algunos meses en medio de la embriaguez de la posesión de su amor. Todo se había iluminado al rayo de amor que llevaba en su corazón. Limitando la vida á aquel mundo de ternura que podía abarcar entre sus brazos, en ellos había encontrado cantos, luz, perfumes. Todo estaba en ella, todo procedía de ella, la tierra y la vida solo existían en su amor.

Las órdenes de Catalina habían muy pronto venido á turbar esta felicidad. Llamado á la corte, tuvo que marchar á ella Alexis. Desde entonces todo había faltado á Blanca: la noche y el frío se hicieron sentir en la tierra como en su corazón. Por primera vez echó de ver que el sol de Rusia era menos hermoso que el de Italia, y que sus campos cubiertos de nieve carecían de flores y de pájaros. Alexis había vuelto y tornándose á marchar. Sus apariciones se asemejaban á aquellos rayos del sol de invierno que solo calientan un instante para hacer sentir mas duramente los hielos. En vano el jóven, cuyo amor era el mismo que el primer día, había solicitado volver á Canzoff; inmensos proyectos de reforma ocupaban entonces á Catalina y á Gregorio: los dos tenían necesidad de él, y hubiera debido no insistir por no escitar sospechas.

Sin embargo, el estado de languidez en que había caído Blanca, no tardó en asustarle. Repitió con mas ardor, con mas instancia sus súplicas. Preguntado por Gregorio le confesó al fin su amor, le rogó le mandase volver á la fortaleza aunque fuese á título de prisionero. El amante de Catalina

le escuchó con paciencia, pero así que hubo acabado: —Te doy seis meses para curarte de tu locura; le dijo friamente.

—¿Y si en seis meses sigo lo mismo?

—Entonces, respondió bruscamente Gregorio, yo me encargaré de tu curación.

Alexis comprendió que Blanca se hallaba perdida irremisiblemente. Tratar de huir hubiera sido inútil, los vigilaban: era preciso un medio mas atrevido para salvarse. Reflexionó buscándolo mucho tiempo, y creyó haberlo encontrado al fin.

Desde su vuelta á Italia se había mantenido alejado de todos, ocupado solo de Blanca, evitando el trato y sociedad de los jóvenes señores: comenzó á vistarlos de nuevo, á renovar sus relaciones, á ganarse su confianza con obsequiosos servicios. Mostróse alegre como en otro tiempo, y sus visitas á Canzoff fueron menos frecuentes.

En el momento en que volvemos á tomar el hilo de nuestra relación, un mensaje había anunciado su próxima llegada, y Blanca, los ojos fijos en el camino, esperaba divisarlo á su llegada algunos instantes antes.

Hacia ya mas de una hora que aguardaba, cuando divisó á lo lejos un hombre á caballo. Venía á galope tendido devorando el espacio; de pronto acortó su carrera, y agitando su mano hacía el torreón: Blanca dió un grito de alegría.

Algunos minutos despues ya estaba en los brazos de Alexis.

Este la tuvo largo tiempo estrechamente abrazada, casi desmayada de contento y de felicidad. Durante algunos minutos no se oyeron mas que los nombres de Blanca y de Alexis entre el estallido de amorosos y ardientes besos. Orloff sentó al fin sobre sus rodillas á su jóven esposa.

—¡Basta, Blanca! la dijo dulcemente. Estás temblando: vuelve en tí. Háblame, enjuga tus lágrimas, mirame bien, porque aun no te he visto.

Levantó entonces la cabeza con una inefable sonrisa.

—¡Dios mío! ¡cuán pálida estás! exclamó Alexis acariciando con sus manos su hermosa frente, y apoyando sobre ella sus labios: mas pálida aun que en mi último viage.

—¡Ha sido tan larga tu ausencia! contestó con voz balbuciente Blanca.

—¿Has padecido mucho?

—¡Oh! sentía hora por hora concluirse la vida, pero ahora me parece que renazco. Siento tu presencia y la respiro como el aire, y dilata y ensancha mi corazón. Solamente no me dices si debes volver á marcharte pronto, no me dices nada, hace tanto tiempo que no me he sentido tan bien... ¡déjame un instante en todo el lleno de mi felicidad!

Alexis volvió á abrazarla.

—Si, la dijo, goza de tu felicidad, ídolo mío, sobre todo ten esperanza, porque nos aguardan mejores días.

—¿Podré verte con mas frecuencia?

—¡Siempre! Blanca mía.

—¿Qué dices? ¿podremos vivir juntos como en otro tiempo?... ¡Oh! querido mío, no me halagues con semejante esperanza si no se ha de cumplir, porque despues me moriria de pena.

—¡Se verificará, Blanca mía! ¡Mira mas bien tus manos enflaquecidas, tus pálidas mejillas, tus ojos hundidos!...



¡Dios mío! ¡yo que te encontré tan bella, tan buena, tan risueña! ¡Oh! ¿por qué me has conocido?

—¡Cállate, Alexis, no blasfemes! una sola alegría de nuestro amor ¿no es preferible á la belleza, á la salud, á todo? Daria yo por un instante pasado á tu lado toda mi risueña juventud. ¡Oh! abrázame, Alexis, que sienta yo tu fresca megilla sobre mi frente, tu aliento en mi boca, y daré gracias á Dios y olvidaré mis penas.

—Pide al menos á Dios que te saque de esta prision. ¡Ay! aquí estás como esas débiles plantas que nacen entre las grietas de las piedras. Para vivir necesitas espacio, libertad.

—No necesito mas que á tí, Alexis. Un calabozo me basta con tal que seas tú mi carcelero; una tumba con tal que tú seas su guarda.

—No, Blanca, la libertad conmigo, la esperanza, el poder de hacer á otros felices... he aquí lo que necesitas, lo que tendrás muy pronto tal vez, y siempre conmigo.

—¿Será posible? ¿Tendria de mí piedad Catalina?

—No me preguntes nada; yo no puedo decirte nada aun; pero dentro de algunas semanas todo quedará decidido. En tanto ten paciencia, y espera en el porvenir.

Hablando así, abrazó nuevamente á Blanca y se levantó.

—¿Dónde vas? le preguntó éste asustada.

—Tengo necesidad de marcharme.

—¡Ya! ¡tan pronto, Alexis! ¡es imposible!

—Me están aguardando, y la realizacion de nuestras esperanzas depende de mi marcha. Mañana volveré.

—¿No me engañas?

—Te lo juro por mi amor!

Besó llorando las manos de Alexis, y suspirando le dijo:

—Vete, pues que es preciso, pero no olvides que tu presencia es para mí la vida, y que te estoy esperando.

## VII.

Blanca permaneció largo tiempo clavada en el mismo sitio, silenciosa é inmóvil. Habia sido para ella como una vision esta corta entrevista con Alexis: diríase que no se atrevia á hacer el menor movimiento de miedo de que no se desvaneciese.

Volvió en sí poco á poco de esta especie de alucinacion, y comenzó á pensar en las esperanzas que le habia dado Alexis. Entregóse á ellas con la irreflexiva credulidad que dan los largos padecimientos.

De todas las felicidades que Alexis le habia prometido, la única que le preocupaba era la de que siempre estaria con él. Sintióse repentinamente aliviada de su angustia, y deseando entonces movimiento y respirar libremente, subió al terrado de la torre en que hablaba.

La inundacion iba cada vez en aumento, y los rugidos de las aguas del Newá eran de hora en hora mas imponentes. Sus olas llegaban hasta el pie del castillo, y se quebrantaban sobre sus antiguas murallas como las olas del mar sobre las fuertes rocas.

Blanca contempló serena largo tiempo este terrible espectáculo. La creacion no existe sino dentro de nosotros mismos, y segun son nuestros sentimientos la encontramos sombría ó alegre.

Un ruido de pasos la hizo salir de su meditacion; vol-

vióse y halló á Ivan á su lado. Raras veces habia vuelto á ver á este hombre, pero su presencia siempre le habia anunciado una desgracia. Ivan, que la habia saludado con la altiva humildad que le era ordinaria, se sonrió ligeramente al notar el terror que la causaba.

—Perdon, señora, la dijo, no vendria á distraeros, á turbar vuestra soledad, si no lo exigiese el interés de Alexis.

Y arrojando una mirada investigadora en derredor de sí, añadió:

—Hace poco que estaba aqui.

—Aqui estaba, respondió Blanca.

—Y volverá mañana.

—Qué ¿sabeis?...

—Lo sé todo, señora, dijo el ruso clavando profundamente su mirada en la jóven.

Alzó esta al cielo sus ojos con terror.

—No os comprendo, dijo.

—¿No os ha anunciado Alexis vuestra próxima libertad?...

—¿Quién os lo ha dicho?...

—¿Y sabeis por qué medios espera conseguirla?

—¿A qué viene esa pregunta? dijo con voz balbuciente Blanca.

—Porque de ella depende la vida ó la muerte de Alexis, señora.

—¿Su vida! repitió con asombro y sorpresa.

—¿Luego ignorais su proyecto? repuso el ruso.

—Lo ignoro.

—Estaba seguro de ello: os ha hablado solamente de libertad, de reunion...

—Sí.

—¿Y no os ha dicho nada de los peligros que podia correr?

—Nada; ¿pero cuales son esos peligros? ¡Dios mío! ¿qué quiere?

—Quiere que dentro de ocho dias seais proclamada emperatriz en San Petersburgo.

—¿Yo! exclamó estupefacta Blanca.

—Vos, señora. Están tomadas todas las medidas; los conjurados en sus puestos: cuantos resistan serán degollados, los que cedan conducidos á las prisiones. Vuestro amante es su gefe y debe dar la señal.

—Imposible!... dijo Blanca anonadada, quereis sorprenderme ó asustarme.

—La señora podrá saberlo ella misma de Alexis, pues que mañana vuelve.

—¿Pero quién ha podido instruiros?...

Sonrióse Ivan.

—Ojos que miran, contestó, concluyen siempre por ver algo.

—¿Y qué contais hacer de este secreto?

—Vos lo decidireis.

—¿Yo?

—Sí, señora. El proyecto de Alexis no puede salir bien, porque no soy yo solo el que sospecha de él; ademas siempre se encuentra en el momento de la ejecucion almas y corazones débiles, y yo conozco tambien cobardes que solo aguardan á la última hora para hacerle traicion impunemente. Si se les deja hablar, Alexis arrastra á Gregorio en su caída, y los Orloff son perdidos.

—¿Y cómo impedir?...

—Adelantándose á ellos, Gregorio lo sabrá todo; él mismo denunciará al culpable y hará justicia.



—¿Qué infamia! gritó Blanca con horror.

—Es preciso, continuó tranquilamente Ivan; á ese precio se salva el poder de los Orloff; debe sacrificarse el brazo por conservar la cabeza.

—Así el hermano entregará su hermano al verdugo...

—A menos que no hagais inútil este sacrificio, destruyendo, anonadando la conspiración.

—¿Qué es preciso hacer para eso? exclamó Blanca, pedid, mandad, á todo estoy dispuesta, ¿qué queréis de mí? ¿Es preciso declarar que renuncio á los derechos que me dá mi nacimiento?

Ivan meneó la cabeza.

—Dirian que os habían arrancado esa declaración por la violencia.

—Y bien! hacedme marchar, enviadme lejos de aquí, á un desierto.

—Aunque estuviérais á lo último del mundo; señora, bastaría vuestro nombre para servir de bandera á los descontentos.

—Dios mío! ¿qué hacer entonces? Ocultadme á los ojos de todos, publicad mi muerte...

—Los conspiradores no renunciarían á sus proyectos sino viendo vuestro cadáver.

Blanca retrocedió espantada.

—¡Ah! comprendo, dijo llena de mortal palidez, eso es lo que vos queréis.

—Alexis os ama, señora, replicó Ivan con calma, y no puede cesar en querer vuestra libertad, y en conspirar para conseguirlo. Sois la causa de esta conjuración, y él su instrumento; es preciso hacer pedazos el instrumento ó que desaparezca la causa.

—En efecto, dijo Blanca temblando, en tanto que yo viva Alexis será vuestro enemigo, y nadie es impunemente enemigo de Catalina; pero ¿por qué ha venido á buscarme á mi retiro? Allí vivía yo oscura y feliz, nadie conocía mi nombre, y vos me obligásteis á declararlo. Vos me habéis arrancado á mi país, encerrado en una prisión, separado del que amo mas que todo. No me he quejado; si he llorado ha sido tan bajo que mis carceleros no pudiesen oírme, y á pesar de todo aun no estais satisfecho. Venís á armar en contra mía mi mismo amor, y á ordenarme que muera por salvar á Alexis. ¡Ah! ¿mi nacimiento es un gran crimen acaso, pues me quita aun el derecho de vivir?

El llanto y los sollozos interrumpieron las palabras de Blanca. Ocultó el rostro con ambas manos, y quedó así un rato, hasta que Ivan rompió el silencio:

—¿Qué decide la señora? preguntó.

Estremeciéndose la joven: tuvo como un momento de duda, de desesperada incertidumbre; pero dominando su emoción con un rápido y valeroso esfuerzo, alzó su rostro aun cubierto de lágrimas y volviéndose hacia Ivan con una resolución sublime:

—Os pido solo dos dias, le dijo, pasados estos sabreis entonces lo que os queda que hacer.

—Con que dentro de dos dias! respondió el ruso inclinando respetuosamente.

Y se salió, dejando sola á la desgraciada Blanca.

### VIII.

Blanca y Alexis se hallaban los dos sentados cerca de la

chimenea. Alexis alegre, cariñoso, y Blanca pálida, inmóvil, y con las manos juntas con muda desesperación.

Nada podía dudar. Ivan había dicho la verdad. En aquella mañana misma había ella arrancado á Alexis todo el secreto de la conspiración, aun él le hablaba de ella, pero Blanca apenas le escuchaba. Entregada toda á la desesperación, miraba á Alexis, apretaba estrechamente sus manos, y lloraba en silencio.

Alarmado Orloff de su silencio, se detuvo en su conversación, y notó sus lágrimas.

—¡Por Dios! ¿qué tienes, Blanca? exclamó estrechándola entre sus brazos. ¿Por qué esa desesperación cuando todos nos sonríe, cuando tocamos ya casi el momento de nuestra libertad, de nuestra felicidad? ¿No me has comprendido entonces?

—He comprendido, le dijo, que despues de haberme sacrificado tu ambición y tu reposo, querías aun sacrificarme tu vida.

—¿No darías tú la tuya por mí?

Blanca le estrechó contra su corazón.

—¡Oh! sí, contestó sollozando, sí, Dios lo sabe.

—¡Dios y yo, Blanca! pero ten confianza, el éxito es seguro, están muy bien tomadas todas las medidas, los gefes mismos de la guardia conspiran con nosotros.

—¿Y no temes que haya traidores?

—El interés de todos me asegura de su fidelidad: no podrían perderme sin perderse.

—¿Cómo?

—Tengo en mi poder el juramento de los conjurados, escrito de su propia mano.

—¿Qué dices?

Sacó Alexis misteriosamente unos papeles.

—Mira los nombres, dijo, son los de las mas grandes y poderosas familias.

Cogió la joven la lista con temblorosa mano.

—Así, dijo despues de haberla recorrido con la vista, la sangre mas preciosa de la Rusia podría correr á torrentes si estos papeles llegasen á caer en manos de Catalina.

—¿A qué viene ese pensamiento, Blanca?

—¿Son estas las únicas pruebas de la conjuración?

—Las únicas.

—¿Y se aventurarian tantas vidas solo por impedirme morir?

—¿Y no es bastante?

Levantóse Blanca vivamente, dió un paso hácia la chimenea, y arrojó á las llamas los papeles.

Quiso lanzarse á salvarlos Alexis dando un grito, empero ella le contuvo estrechándole en sus brazos.

—Es demasiado tarde, murmuró ocultando su rostro en el seno de Alexis.

—¡Demasiado tarde! repitió éste aterrado... ¿qué quieres decir, Blanca? ¡Blanca, por Dios! habla.

La joven continuaba sollozando sin responderle. Apartóla de sí bruscamente, y haciéndola levantar la cabeza:

—Mírame, la dijo... ¿Dios mío! ¿por qué estás tan pálida?... mas pálida aun que cuando yo he llegado... ¿Por qué te llevas así las manos al pecho? ¿Padeces?

—Sí, padezco, sufro mucho.

—¡Pronto un médico! gritó Alexis.

—No, Alexis, no... no te separes de mí... quiero verte... quiero estrecharte sobre mi corazón...



Y al mismo tiempo abrazaba convulsa, desolada, á su amante esposo. Este la colocó sobre un sillón, y poniéndose de rodillas delante de ella.

—Quédate aquí, le dijo Blanca... mas cerca aun... Así quiero morir.

—¿Qué hablas de morir, Blanca?... ¡Oh! no me echés esas miradas... me das miedo... Reanimate... ¡Dios mío! ¿No piensas, querida mía, que muy pronto estarás libre, que no nos separaremos jamás? ¡Blanca! ¡Oh! esta esperanza sola debería ponerte buena. ¡Ya no me amas!

La joven lanzó un grito abrazándose á él apasionadamente.

—¿Que no te amo! repitió ella... ¿pero de qué te ha servido hasta aquí mi amor? ¿A dónde te llevaba? á una conjuración que te hubiera perdido. Al menos esta conjuración tramada en mi favor tendrás que renunciar á ella, cuando ya no exista, porque no tendrás causa ni objeto.

—¡Ah! renuncio á ella, Blanca, renuncio á ella si es preciso para tranquilizarte. ¿Además no acabas tú de romper todos los vínculos de ella? ¿No la has hecho imposible quemando esos papeles...

—¿Es verdad? ¡Bendito sea Dios! entonces estoy tranquila.

Y echando sus brazos sobre el cuello de Alexis:

—¡Oh! te doy gracias por haberme amado, le dijo, en vano me habrán perseguido los hombres; gracias á tí he conocido cuán dulce, cuán grata es la vida: que el recuerdo de mi felicidad te quede como una bendición.

Detúvose anhelante, fatigosa; temblaba convulsivamente todo su cuerpo.

—Blanca, exclamó Alexis, déjame que llame, que pida socorro...

—¡Sería ya inútil, Alexis! dame tú mano... ya no la siento: ya no te veo... ¡Alexis! tengo frío, mucho frío aquí... en el corazón.

Pronunció Blanca estas últimas palabras con acento imperceptible, confuso. Espantado Orloff quiso gritar; pero los labios fríos de Blanca cerraron repentinamente los suyos con un helado beso, y la hermosa cabeza de Blanca cayó inerte, inanimada sobre la espalda del desgraciado Alexis.

Su muerte había sido la última prueba que había podido dar á su enamorado esposo, había tomado un veneno para salvarle del riesgo de la conspiración... y del suplicio.



Sepulcro de Blanca.

Un modesto sepulcro colocado en lo alto de los jardines del castillo de Canzoff, muestra hoy al curioso viajero el sitio donde reposa esta ilustre víctima de la política rusa, este modelo del amor conyugal.